

Los Barraganetes

Aníbal Castillo

¿Que cómo inició el club? De manera absolutamente casual. Conocí a Manolito en la fábrica OASIS. Yo era contador y él bodeguero; pero inteligentísimo como pocos. Y eso que el pobre apenas llegó a tercer o cuarto grado.

—¿Qué viste anoche, Manolito?

Hablábamos de cine. Gracias a él supe quién es Tarantino y que junto con Steven Spielberg están fuertemente influenciados por el cine asiático de monstruos y artes marciales; son hijos de Yuen Woo-ping.

114

Así nos pasábamos las horas muertas y nos hicimos amigos. Entonces organizamos la primera sesión, un poco en broma y otro poco en serio (y por esto último me refiero al ceremonioso entusiasmo con que se lo tomó y que, desde la primera reunión, nos contagió a los demás). Invitamos a Gómez, al Chino de mantenimiento y al Rosca.

—¿Pero qué película quieren ver?

—Una donde haya hembras buenas.

Lo recuerdo con claridad; fue un viernes del 94. Usamos la bodega y pasamos el televisor sin permiso del gerente. Gómez trajo de su casa, que quedaba lejísimos, el reproductor; y Manolito, la cinta, uno de esos viejos casetes de VHS.

Cada quien buscó un sitio cómodo. El Chino hizo la colecta y compró una cola y media de norteño. Manolito empezó, como un curita en el púlpito, agitando sus manitos, entonando la voz de barítono, ñarra pero respetable.

—Como al licenciado le gustan los cueros, les he conseguido un clásico de nuestros tiempos. Una película no apta para corazones sensibles.

¡Tremendo melodramático el enano! Pero todo lo que decía era cierto. Pasamos de las carcajadas a las risas nerviosas, de la procacidad a la mudez absoluta. ¡Qué bestia! ¡Qué buena estaba la Linda Lovelace y qué apetito! Hubiéramos ido cada uno con desesperación a cualquier hueco a sacudir las ganas, si no se nos hubiera puesto filosófico.

—Linda Lovelace, años después, se convirtió en feminista y renegaba del trabajo que la hizo tan famosa.

El Chino cojudo lo secundó:

—Yo creo que en esa película ya mostró otra forma de ser mujer.

—¿Qué quieres decir?

—Que con eso de mostrarse es que rompe la hipocresía de la época.

La discusión duró más que la película; y ahí estaba el Manuelín, hablando acaloradamente de la represión de los cuerpos, de un tal Freud, de representaciones y simbologías. Haga usted de cuenta que era como Jesucristo en la montaña. Se volvió una afición de cada viernes encontrarnos en la bodega. Sin temor a equivocarme, la experiencia más enriquecedora de mi vida.

Manolito, sobra decir, era el gurú. De lunes a viernes, un pequeño pusilánime sudando de un lado a otro o recostado contra las telas; y los viernes, a la hora del *Cineclub Barraganetes*, un erudito de la vida y el cine cochambroso.

La voz se corrió y la familia creció: Marquito el costurero; Fierro el de transporte; el conserje; Zoila, la diseñadora de planta, una extraña mujer que durante toda la sesión se mordía los labios; y, por último, el hijo del dueño, Salomón, quien donó un televisor de 50 pulgadas, una estantería

para los casetes y la segunda sesión llegó con una de *whisky*.

Había muchos interesados en ser un barraganete, hasta fuera de la fábrica OASIS; pero en sesión solemne del 4 de marzo de 1994, tuvimos que decretar que era un club institucional con derecho legal al espacio. Redactamos la normativa, incluso alguien se atrevió a proponer que se nos pague como horas extras y el Rosca habló de las primeras ferias eróticas en Colombia, donde debíamos participar. Pero nada de eso se cumplió durante los cerca de seis años que funcionamos.

116 La decadencia de los Barraganetes empezó con la muerte del Manolito, cómo no. Pobrecito, no había sido su constitución ni mala alimentación, había tenido un problema raro de salud. Un día no llegó al trabajo, al otro día tampoco. Hasta que se supo que había dormido su último sueño, lleno de cine seguramente, en una sala oscura de su ciudad natal o en la bodega junto a sus compañeros pornógrafos. Un bello sueño con Linda Lovelace, quien otra vez apareció rozagante como en sus mejores escenas.

Tanto nos llegó que por poco invitamos a la viuda a la sesión solemne de ese viernes; donde, entre lágrimas y mocos, entre norteño y abrazos, vimos una muestra de tres de sus películas favoritas, según un análisis que hicimos el Chino y yo.

Ya sin el Manolito, el club perdió el ritmo y el condumio. Continuamos por un tiempo estéril, en el que ninguno de esos güevones podía llevar el hilo de un foro digno. Y sin análisis, brotaron los bajos instintos; la bodega adquirió un hedor a semen y empezamos a poner cine cada vez más pútrido: zoofilia, sometimiento barato, hasta el video de un hindú que se balanceaba colgando con cadenas insertas a ganchos de su espalda mientras era sometido. La única que permanecía con la misma actitud de morderse

los labios era Zoila. Ella, el Rosca y yo, fuimos los últimos miembros. Intentamos resucitar a los Barraganetes que para ese entonces ya éramos rechazo nomás; plátano maduro y descompuesto.

El OASIS cerró en la crisis del año 2000. La vida posterior de los miembros se llenó de leyendas macabras. Por poner un ejemplo, sé que el Salomón terminó en el cine América y luego, cuando lo clausuraron, en las plazas, persiguiendo con la verga expuesta a las señoras, levantando con una rama el vestido de las colegialas, hasta que un error definitivo lo llevó a prisión de donde su padre lo sacó para enviarlo a regenerarse en la «Yoni», en un campo de concentración para perversos.

La última vez que intentamos retomarlo fue hace como dos años. Zoila, la diseñadora, y yo rescatamos las películas de Manolito junto con la colección del club, exactamente 2563 videocasetes. Ella propuso prestar su casa y decidimos cobrar un importe para sostenerlo; sobre todo porque ella estaba desempleada. Luego fuimos por los alrededores de la Floresta pegando anuncios en los postes de electricidad:

117

CINECLUB "BARRAGANETES"
 HIJOS DE LINDA LOVELACE
 PROYECCIÓN Y FORO DE CINE PARA ADULTOS
 DESDE UN ENFOQUE CRÍTICO.
 TODOS LOS SÁBADOS: 17h00
 DIRECCIÓN: VALLADOLID Y VIZCAYA, N243. TERCER PISO.
 CONTRIBUCIÓN: \$2

En la sesión reinaugural, donde incluso mi compañera preparó pastelitos para ofrecerlos a cincuenta centavos, recibimos la visita de un grupo de encapuchadas. Nos dieron con

todo; ni siquiera respetaron nuestras canas.

—¡Muerte a los machos! —gritaban, mientras aplastaban con botas militares la cabeza de la Zoila, que solo atinaba a lamer el piso.

Eso fue todo para mí. Me cosieron cincuenta y dos puntos en todo el cuerpo, me enyesaron el brazo izquierdo; decidí abandonar la idea para siempre.

Pero ella ha sido más perseverante; hace como una semana, mientras esperaba un bus para ir a mi casa, cansado y lleno de melancolía, me encontré con un afiche muy explícito en la parada:

PELÍCULAS DE HEMBRAS SOMETIDAS.
DIRECCIÓN: VALLADOLID Y VIZCAYA, N243. TERCER PISO.
DE LUNES A SÁBADO: desde las 14h00
CONTRIBUCIÓN: LIBRE

¡Cadunocaduno!